

# Del aislacionismo a la aliadofilia

**N**UESTRO característico antichovinismo nos hizo muy críticos frente al secular aislacionismo español. A ese estar apartados de Europa y del resto del mundo hemos atribuido no pocos males de los sufridos por la Piel de Toro durante decenios. Y dentro de nosotros, en la clase pensante, se insertó la polémica (Ganivet, Unamuno y un largo etcétera) de si era intrínsecamente malo ir afuera, porque la verdad habitaba en el interior de España, o si, por el contrario, había que abrir puertas y ventanas al exterior. Incluso hubo tintes de dramatismo, especialmente a consecuencia de la crisis de 1898; y, a lo largo de todo el siglo XX, han pervivido las posturas encontradas.

Ha habido, no obstante, en los últimos quince años un auténtico vuelco. La pertenencia de España a la hoy Unión Europea desde comienzos de 1986; el ingreso de nuestro país en la OTAN, y su integración plena en la estructura militar de la propia OTAN; y en fin, la presencia de españoles al frente de puestos clave de la política internacional, han supuesto un auténtico revulsivo. Así, y por la mayoría de los ciudadanos y de las fuerzas políticas, se admite hoy con naturalidad ese estar lógicamente volcados a una plena normalización de nuestras relaciones internacionales. Lo cual no es, por la lógica inherente a nuestro Estado constitucional

*sino consecuencia de lo que se establece en el último inciso del Preámbulo de nuestra Constitución de 1978: La nación española proclama su voluntad de «colaborar en el fortalecimiento de unas relaciones pacíficas y de eficaz cooperación entre todos los pueblos de la Tierra»*

*SIN embargo, ya se empiezan a oír voces discordantes, incluso entre quienes no son sospechosos de antieuropeísmos; son voces procedentes de convencidos de nuestra vocación atlántica, y proclives a sellar pactos con países de nuestra misma cultura... Según tales opiniones, España una vez más habría incurrido en la ley del péndulo, por haber pasado de un excesivo aislacionismo a una extremosa «aliadofilia», si se nos permite la palabra. Y tal criterio se hace especialmente predicable de la relación de España con la OTAN, según quienes así piensan, aunque el criterio pudiera extenderse a otros casos en los que se articula nuestra presencia en Occidente y en algunos de los organismos e instituciones a los que España pertenece. En todos estos supuestos, esas voces críticas lo que subrayan es el exceso de complacencia de España a sus afiliados, añadiendo que deberíamos mostrar menos el fervor servil de los neófitos.*

*Por ello, una vez que ya está anunciada la paz, tras la batalla librada por la OTAN en el territorio de la ex Yugoslavia; visto también que de nuevo será preciso estar cohesionados de cara a la nueva situación que se cree en los Balcanes; y teniendo además en consideración que la Unión Europea, con su hombre «PESC» al frente, se decanta por una política exterior y de seguridad propia, bueno será recordar (en aras a recuperar el punto medio o ideal de nuestro internacionalismo) algunos de los extremos más importantes de la que supone ser **aliado**.*

*La segunda de las acepciones contenidas en el diccionario de la Real Academia Española señala respecto al aliado lo siguiente: «dícese del estado, país, ejército, etc., que se une a otro para un determinado fin». Son, pues, inicialmente muy importantes, determinantes, el quiénes («no con quien naces, sino con quien paces» diríamos con lenguaje cervantino) y el*

para qué. Y en este último aspecto no es baladí constatar que, aun siendo la OTAN una organización eminentemente defensiva, todos los aliados han estado de acuerdo (menos según iba avanzando la guerra) en iniciar una guerra ofensiva. Y eso aun siendo conocido desde San Agustín (que enseñó que el guerrear es una dicha para los malos y una desgraciada necesidad para los buenos) que no es fácil armonizar los conceptos de licitud y de ofensividad.

También nos convencen, y desde no pocas perspectivas que son entre sí complementarias, las recientes consideraciones del conocido politólogo Rober Dahl, que asegura que **las democracias representativas modernas no se hacen la guerra entre sí**, apuntando dos datos adicionales: de un lado, que de 34 guerras internacionales ocurridas entre 1945 y 1999, ninguna tuvo lugar entre países democráticos; y, por otro lado, que tampoco ha habido apenas una expectativa o preparación para la guerra entre ellos.

**D**E los fines derivan no pocas cuestiones. De una parte, que sólo su licitud da legitimidad a la Alianza; de otra, que, con arreglo a los cánones de Naciones Unidas, las organizaciones ofensivas y aun las mixtas incurrirían en ilicitud e invalidez; en tercer lugar, la creación del sinalagma, u obligaciones recíprocas para quienes componen la Alianza; y, en fin, la consideración como clave de la **solidaridad**, que sirve para dar cohesión a la unión, y sin la cual no serían concebibles las relaciones entre los socios o aliados.

Y acaso llegamos así a uno de los aspectos cruciales de toda la cuestión: qué ocurre si existe discrepancia o conflicto entre lo que pactan varios estados al constituir una alianza y los preceptos dimanantes de un tratado de tipo colectivo de órbita superior. En este caso, la mejor doctrina se decanta a favor de la supeditación jerárquica de las normas, y de los tratados entre países, a las de carácter colectivo. No es ajeno a este criterio el artículo 103 de la Carta de las Naciones Unidas, con arreglo a la cual «en caso de conflicto entre las obligaciones contraídas por los miembros de las Naciones Unidas en virtud de la

*presente Carta y sus obligaciones contraídas en virtud de cualquier otro convenio internacional, prevalecerán las obligaciones impuestas por la presente Carta».*

*Y esas voces a las que antes aludíamos nos deben también poner sobre alerta respecto a los trabajos y deberes de la posguerra, una vez se logren los objetivos del acuerdo de paz.*

*Si así fuera, convendría tener bien presente qué parte alicuota corresponde a cada aliado, que, por la pura naturaleza de las cosas, debería ser estrictamente proporcional a la importancia y peso específico que cada país tenga en la Alianza y en el concierto internacional. Y por muy secretos que acaso puedan ser algunos datos, los europeos especialmente querríamos saber cuáles son las **cifras honestas** (en vidas humanas, y en gasto o repercusiones económicas) de este desastre en que ha consistido la reciente guerra, y cuáles van a ser las de la posguerra y cuánto y cómo les corresponde pagar a cada uno.*

*Cierto es que en un determinado momento se han podido detectar, con las debidas sutilezas, hasta tres grupos en los aliados implicados en la guerra de Kosovo: en el primero era fácil detectar las reticencias de Alemania acerca de la posible acción terrestre; en segundo lugar, Italia, Holanda y Grecia propugnaban abiertamente una paralización de los bombardeos y una potenciación de las vías diplomáticas. España, con el presidente del Gobierno al frente, por ser él quien constitucionalmente dirige la política exterior, se situaba en el tercer grupo, los de la más pura ortodoxia atlántica.*

*Y ahora, vistas las cosas, habrá que estar muy ojo avizor respecto a cómo cumple cada aliado sus responsabilidades alicuotas y proporcionadas. Pues la peor de nuestras secuelas sería ver que además de ofrecer una cierta imagen de servilismos (esencialmente ante Estados Unidos), tenemos que contribuir con contingentes y esfuerzos económicos por encima de lo que sería honesto y lógico con arreglo a dichos parámetros proporcionales y proporcionados.*